

Niños migrantes no acompañados: la punta del iceberg

Rafael Fernández de Castro* y Margarita Zavala

El presidente Barack Obama ha señalado que la enorme cantidad de niños no acompañados que están llegando a Estados Unidos provenientes de Centroamérica representa una “situación humanitaria urgente.” Tiene razón. El sufrimiento de decenas de miles de niñas y niños es inconcebible.

La crisis a la que se refiere el Presidente Obama es, sin embargo, sólo la punta del iceberg de lo que ha venido sucediendo en el corredor de intensa migración –Centroamérica (Guatemala, Honduras y El Salvador), México y Estados Unidos– durante las últimas dos décadas. Este corredor ha experimentado recurrentemente crisis humanitarias por causas diversas; es decir, sufrimiento masivo de miles y quizás cientos de miles de seres humanos: no sólo niños, sino también jóvenes, mujeres y hombres.

Los destrozos de los huracanes Mitch en 1998 y el Stan en 2005 crearon tal devastación en Centroamérica e incluso en el Estado de Chiapas, México, que cientos de miles de personas tuvieron que desplazarse de sus lugares de origen, muchos de ellos con destino a Estados Unidos.

En 2009 y en 2010 también ocurrieron enormes desgracias en ese corredor migratorio. Según la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH), cerca de 20 mil migrantes en tránsito fueron secuestrados en territorio mexicano. A pesar de que la estadística proporcionada por la CNDH podría ser exagerada, nadie disputa que los secuestros a migrantes, incluso masivos, no han podido ser frenados por la autoridad, por lo que siguen siendo una terrible amenaza para los migrantes que transitan por territorio mexicano. Una operación de secuestro típica implica bajar a los migrantes del autobús o de la “bestia,” privarlos de su libertad en “casas de seguridad,” y obligar, bajo amenazas a sus familiares ya sea en Centroamérica o Estados Unidos, a pagar un rescate. De no recibir el dinero, los migrantes suelen ser asesinados y enterrados en fosas clandestinas comunes.

En San Fernando, Tamaulipas, en agosto de 2010, se vivió uno de los peores asesinatos colectivos en la historia de la migración mundial: 72 migrantes en tránsito fueron acribillados por la más sangrienta organización delictiva, los Zetas. El móvil fue un escarmiento a los traficantes de personas que no pagaban el “derecho de tránsito.” Los recuentos de dos sobrevivientes de la matanza, un ecuatoriano y un guatemalteco, son escalofriantes.

* Jay and Debe Moskowitz Chair at the Maxwell School of Citizenship and Public Affairs of Syracuse University

Lo que hace distinta a la actual crisis humanitaria de los niños no acompañados es que esta vez el problema explotó en Estados Unidos. De manera que la Casa Blanca tuvo que tomar cartas en el asunto. Ahora es la prensa y las cadenas de televisión estadounidenses quienes han creado un enorme ruido mediático y que efectivamente, se trata de migrantes extremadamente vulnerables, pues son niñas, niños y adolescentes.

¿Por qué migran los niños y las niñas y los jóvenes?

Como todo migrante, los niños y jóvenes centroamericanos y mexicanos están expuestos a condiciones que los expulsan de sus países de origen y a condiciones que los atraen hacia Estados Unidos. Las redes de información y ayuda, ya sean los papás o familiares de los niños en Estados Unidos o Centroamérica juegan un papel muy importante. En los últimos años no es posible cruzar la frontera México-Estados Unidos sin la ayuda y el pago a traficantes de personas, o “polleros.”

Las condiciones de expulsión en el triángulo del norte centroamericano e incluso en algunos lugares de México, como en Guerrero y Michoacán son terribles. Abandonados por unos padres que ya habitan en Estados Unidos, los niños y jóvenes centroamericanos experimentan vidas miserables y están expuestos a una violencia crónica. Según la Oficina de las Naciones Unidas contra las Drogas y el Delito (UNODC por sus siglas en inglés) la violencia en América Latina se concentra en los jóvenes varones, quienes perpetran y sufren más del 90% de los homicidios. Como Honduras se ha convertido en el lugar con más violencia homicida del planeta, con cerca de 90 homicidios por 100 mil habitantes, no es difícil entender que miles de niños y jóvenes están dispuestos a emigrar a los Estados Unidos, incluso con cierta conciencia de los peligros que implica la transmigración por Guatemala y México.

Iván es un adolescente salvadoreño de trece años que estuvo en el albergue de Doña Olga en Tapachula, Chiapas hace ya más de una década. La casa de doña Olga, hoy llamada Albergue de Jesús el Buen Pastor del pobre y el migrante A.C., es un centro de rehabilitación para los migrantes mutilados por la “bestia” y otros enfermos o convalecientes. Allí han aprendido a caminar con prótesis jovencitas hondureñas que perdieron ambas piernas. Iván se recuperaba de su pérdida del brazo izquierdo cuando quedó dormido y cayó del tren pues se rompió el viejo cinturón con que se amarró. A sus trece años era ya la tercera vez que intentaba reunirse con su madre en Los Ángeles, California. Con una franca sonrisa y una plena inconsciencia adolescente espetó –afortunadamente fue el brazo izquierdo, como soy derecho aún podré escribirle a mi abuela cuando llegue a Los Ángeles, pues esta vez nada me detendrá para llegar a Estados Unidos.

En la *Travesía de Enrique*, la periodista Sonia Nazario, detalla los motivos que llevaron a un joven hondureño de 16 años a intentar ocho veces, hasta conseguirlo, llegar a Carolina del Sur para reunirse con su madre. Enrique había permanecido junto con su hermana al

cuidado de su abuela una década atrás. En su temprana adolescencia, abandono la escuela y consumió drogas. La única luz del túnel de miseria y violencia para Enrique era la posibilidad de encontrar a su madre en Carolina del Sur y conquistar el sueño americano.

Ayudando a la entonces primera dama de México, Margarita Zavala a ponerle cara a las altas estadísticas de niños mexicanos migrando no acompañados a Estados Unidos descubrimos la historia de María, una niña de cuatro años oriunda de Oaxaca. Los polleros dispusieron que María se separara de su madre para cruzar la frontera con los Estados Unidos. Durante cuatro meses María estuvo perdida. Como quien encuentra una aguja en un pajar, la madre de María la encontró en un albergue en territorio mexicano, pues la niña nunca logró ingresar a Estados Unidos

Las historias de las jóvenes centroamericanas son igual de desgarradoras. Unas pequeñas de 15 y 16 años de El Salvador y de Honduras explicaban las razones por la que decidieron salir de su país: “me estaban pidiendo mi teléfono, querían que yo fuera novia de uno de los mareros. Si les dices que no, te violan y te hacen novia de ellos.” La otra niña nos contaba: “si tú no te vas con ellos voluntariamente ellos te llevan para violarte, o te llevan con sus amigos que están en las prisiones. Si tienen problema con un familiar tuyo, también te violan y te maltratan.”

El incremento repentino de niños migrantes no acompañados tiene como sustento las terribles condiciones de expulsión en el triángulo del Norte centroamericano. El detonador, sin embargo, ha sido el rumor esparcido de que serán aceptados y regularizados, como bien lo ha diagnosticado la Casa Blanca. En 2005, un rumor similar incrementó los flujos de emigración mexicanos a Estados Unidos.

Las crisis generan oportunidades

Habría que aprovechar la fuerza de la Casa Blanca y de los medios de comunicación estadounidenses para ir más allá de la punta del iceberg que representan la crisis de los niños no acompañados y aceptar que las condiciones en que ocurre la migración el corredor migratorio Centroamérica-México-Estados Unidos provoca recurrentes crisis humanitarias.

Lo primero que se requiere es que los gobiernos de los tres países del triángulo del Norte de Centroamérica, el de México y el de Estados Unidos dejen de actuar unilateralmente cuando se les presenta una crisis, ya sea México cuando el episodio de San Fernando o bien ahora Washington con el hacinamiento de niños centroamericanos en sus instalaciones. Está en el interés de los gobiernos aceptar la existencia de este corredor migratorio y actuar en consecuencia: enfrentamos a un problema común que requiere responsabilidad compartida.

Urge un diálogo continuo, incluso un mecanismo permanente, que permita a los cinco países –Honduras, El Salvador, Guatemala, México y Estados Unidos– no solo atender las

crisis sino en la medida de lo posible, prevenirlas. En este sentido, México tiene que jugar un papel muy importante al ser un país de origen, tránsito y destino.

No es posible que la administración Obama se niegue a dialogar seriamente con los gobiernos del corredor migratorio porque esto podría “dar armas a los republicanos” y debilitar así las posibilidades de la reforma migratoria.

Es importante que los gobiernos del triángulo del Norte y el de México cooperen para evitar que el número de niños no acompañados migrando a Estados Unidos se siga elevando. Pero exijámossle a Washington que se siente a dialogar, para prevenir y solucionar. Con o sin reforma migratoria, atendamos por humanidad, las recurrentes crisis del corredor migratorio Centroamérica-México-Estados Unidos.